

aquella fe especial de la que necesita toda alma que se encuentra bajo la direccion particular de la gracia. Muy grande se necesita para someterse sin discurrir á lo que Dios anuncia á estas almas sobre los designios que con respecto á ellas tiene formados, para no entrar en dudas ni en reflexiones, quando ha pasado ya el momento de la certidumbre que consigo lleva la palabra divina. No menor se necesita tambien para llegar á creer, quando los medios de que se sirve Dios para la ejecucion parecen contrarios al fin que se propone; quando de todas partes se levantan obstáculos al parecer invencibles, y las cosas toman un giro del todo opuesto al sentido que las palabras de Dios presentaban desde un principio.

Reflexionad un momento sobre lo que el ángel anuncia á María en cuanto á las grandezas de Jesus. *Será llamado Hijo del Altísimo; el Señor le dará el trono de su padre David; reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin.* ¿Qué puede haber de mas magnífico? Comparad sin embargo este discurso del ángel con todo lo que pasó aún respecto á Jesucristo: su nacimiento pobre y como á hurtadillas en Belen; su vida oscura durante treinta años en la tienda de un artesano; su vida pública, en la cual solo de limosna vivía, sin tener donde reclinar su cabeza; la envidia, el odio, las persecuciones de sus enemigos que calumniaban su doctrina y sus milagros, y se mancomunaban contra su persona; el fallo de muerte dado contra él por la sinagoga, por llamarse el Hijo de Dios; su dignidad de rey escarnecida; la preferencia que da sobre él á Barrabás la nacion entera; por fin, el suplicio infame de la cruz. ¿Dónde está el trono de David? ¿Dónde este reinado sin fin sobre la casa de Jacob? ¿Lo que sucedió á Jesucristo no parecia todo contrario de aquellas promesas magníficas? ¿Qué fe pues, no necesitó María para creer hasta el fin que ellas se cumplirian, como se cumplieron en efecto, despues de la resurreccion del Salvador, en un sentido espiritual, infinitamente mas elevado, mas digno de Dios, que el que prometian las palabras del ángel!

CAPITULO XIII.

EXPOSICION DEL CÁNTICO DE MARÍA.

A este discurso de Elisabet contesta María con un cántico que puede llamarse el éxtasis de la humildad. En él no habla sino de Dios y de sí misma de Dios, para celebrar sus alabanzas; de sí misma, para abajarse y anonadarse. *Mi alma, exclama, glorifica al Señor; y mi espíritu está trasportado de gozo en el Dios Salvador mio.* ¿Quién será capaz de expresar ni aún de concebir con qué sentimientos pronunció María estas palabras? No es para hombre mortal el exponer el arrobamiento de María en Dios, la pureza de alma con que le tributa la gloria de todo, no reservando nada absolutamente para sí misma. Dios la glorifica cual nunca glorificó á otra criatura. María recibe esta gloria para devolverla toda entera á su autor, y no hay criatura que con tanta excelencia lo glorifique. ¿Qué triunfo para Dios, digámoslo así, ver un alma colmada de sus beneficios, inundada de sus favores que no los emplea en otra cosa que en alabarle, y que olvidándose totalmente á sí misma, no piensa sino en él, se pierde y se abisma en él! El gozo que la trasporta no tiene por objeto su propia elevacion, tan sublime como es; su único objeto es el Dios autor de su salvacion, el Dios que lleva en su seno, en el cual se ha encerrado tan solo para salvar á ella y á todo el género humano. Y aún esta misma salvacion la considera ella, menos por lo que tiene de ventajoso para sí, que por lo que tiene de glorioso para Dios. Deja aparte su interes propio para no ocuparse sino en el interes de Dios. ¿Así es como nosotros referimos á Dios todos los bienes que nos dispensa, no interesándonos en nuestra misma perfeccion sino por la gloria que de ella redundará á Dios? ¿En dónde están las almas en quienes reina tal pureza de sentimientos? ¿Cuán raras son! Las demas ni aún tienen de ello

idea, por santas que sean en otros respectos. Regularmente nos referimos á nosotros mismos las gracias que Dios nos concede, queremos ser santos para nosotros solos: la gloria de Dios no es nuestro primer motivo ni nuestro fin principal. Si en ella pensamos alguna vez es como por refleje; los primeros pensamientos, las primeras sensaciones del corazón son para nosotros. ¡Miserable amor propio! Tú entras en todo, tú todo lo infectas con tu veneno, tú atentas hasta contra el amor que se debe solo á Dios, y usurpas todo lo que puedes á su gloria para atribuírtelo á tí! ¡Oh María! alcanzadnos luz para conocer la horrible deformidad de este vicio, valor para combatirlo y grandeza de espíritu para dejar que Dios, celoso de su gloria, lo destruya por sí mismo.

Y ¿de dónde vienen estos trasportes, este júbilo de María? De que Dios *ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava*. Ella nada era y nada hubiera sido jamás por sí misma. Dios la miró, y esta mirada produjo todo lo que ella es. Para ser elevada á la dignidad de Madre de Dios no pierde de vista su *bajeza*; no olvida que ella *es su esclava*, y no toma otro título. ¡Oh Dios mío! ¡con cuánta dulce complacencia debíais contemplar á aquella que hallándose sublimada al cúmulo de la grandeza, no salía por esto de su nada! ¡Ah! y somos nosotros tan vanos, teniendo tantos motivos para ser humildes! Por esto sin duda Dios no fija en nosotros su mirada, pues ve que si se dignase echárnosla, seríamos aún por ella mas vanidosos. ¡Qué contraste entre María y nosotros!

Por esto, con motivo de esta mirada de Dios sobre mí, *toda las generaciones me llamarán bienaventurada*. Todo lo debo á esta mirada: nada sería sin ella. Quien en mí misma me considere, nada verá que merezca la menor alabanza, nada que no sea digno del mas alto menosprecio. Mas quien me vea tal como me ha puesto la mirada de Dios, mirada que es tan solo un puro efecto de su misericordia hácia mí, no podrá menos que llamarme *bienaventurada*, título que se me dará de edad en edad hasta

el fin de los siglos. Por ello bendigo y bendeciré para siempre al que me ha mirado, y le devolveré fielmente todos los elogios que se me dieran, porque de él solo dimanar, y él es el único que debe ser en mí ensalzado. Estos son los sentimientos que animan en el cielo á los bienaventurados, que no entraron en él sino despues de haber expiado todo su amor propio; pero María los tuvo ya en la tierra con toda su pureza y perfeccion. Procuremos imitarla en este punto mas que en otro alguno.

Porque ha hecho en mí cosas grandes aquel que es poderoso y cuyo nombre es santo. María no atenúa por una falsa humildad lo que Dios hizo por ella. Reconoce que son cosas y grandes, y tan grandes, que sus demas obras son nada si con ellas se comparan. Mas ¿á quién las atribuye? A su omnipotencia, para la cual nada hay difícil, que domina las leyes de la naturaleza, y que con solo pronunciar una palabra ejecuta los mas grandes proyectos. Y ¿qué consecuencia saca de ahí? Que el *nombre de Dios es santo*; que por la gloria de este nombre obra todas las cosas, y que la santificación de este gran nombre debe ser el objeto de los pensamientos, de los sentimientos y de las acciones de la criatura. Y despues que de este modo todo lo ha atribuido, todo lo ha dado á Dios, ¿qué queda para María? Nada: ella no pretende nada, no quiere nada; sino que se admiren en ella las maravillas del divino poder, y que se alabe su santo nombre. Mas cuanto mayor sea su afán en humillarse, tanto mayor será el de Dios en glorificarla; pues que todo el honor que se diere á María refluirá en Dios, el cual con ella nada perderá de sus derechos. Ocupémosnos pues, únicamente en la gloria de Dios, y él la partirá con nosotros sin perder él nada. Y si nada hay comparable con la gloria de María, es porque nada fué comparable con su humildad, Dios quiere depositar sus dones en lugar seguro, y el lugar mas seguro es un alma humilde. María misma nos lo va á enseñar.

Su misericordia se derrama de generacion en generacion sobre los que le temen. Por los que temen á Dios, entiende la Escritura los que le aman, que por un principio de amor temen ofenderle.

Porque nada hiere mas al vivo el corazon de Dios, que el robarle su gloria, de que es tan celoso. Es un crimen que no deja impune, y que de precision ha de castigar. Y ¿de qué modo lo castiga? Retirando sus misericordias de los culpables, desdicha la mayor que puede suceder á un alma. Al contrario, derrámalas con profusion sobre las almas celosas por su gloria, que temen mas que todo el defraudarle la menor parte. Teogamos pues ese temor saludable: el orgullo y la vanidad son nuestros vicios favoritos. Y como son tan odiosos y tan excesivamente injustos, se nos deslizan con tal sutileza que no les percibimos, y nos seducen hasta el punto de justificarlos. Digamos pues, con san Felipe Neri: *No os fieis de mí, Señor, porque soy un ladrón que no busca sino cómo robaros vuestra gloria.*

Hizo alarde del poder de su brazo, deshizo las miras del corazon de los soberbios. El brazo de Dios, así en el antiguo como en el nuevo Testamento, es Jesucristo. Por este brazo, como Verbo, sacó el universo de la nada. Por este mismo brazo, como Verbo encarnado, lo ha hecho todo en el órden sobrenatural. Y ¿en qué se ha señalado ese brazo omnipotente? En la dispersion, en el castigo de los soberbios conjura los contra la gloria de Dios. El los ha humillado, él los aplastó debajo de sus piés, él formó para ellos el abismo del infierno, en donde se verán eternamente forzados á restituir á Dios el bien que probaron en vano arrebatarle.

Derribó del solio á los poderosos, y ensalzó á los humildes. Colmó de bienes á los hambrientos: y á los ricos los despidió sin nada. Tal es la conducta de Dios. Abate á los poderosos que se engríen de la altura que ocupan, y levanta en su lugar á los que son humildes. Si no siempre lo hace en este mundo, no deja jamas de hacerlo en el otro. Los altos asientos del cielo son para los humildes: los mas hondos calabozos del infierno son para los soberbios. Tened hambre de justicia, y reconociendo vuestra impotencia dirigios á Dios, el cual os colmará de verdaderos bienes. Si nadais en la abundancia, aunque sea de bienes espirituales, y apropiándooslos, haceis de ellos el pasto de vuestro orgullo, él

os los retirará, y os arrojará lejos de sí con las manos vacías. Tal es la leccion que os da María, y de la cual nos muestra un brillante ejemplo en su persona. Jamas aborreceremos ni huiremos lo bastante del orgullo: jamas amaremos ni buscaremos bastantemente la humildad.

Acordándose de su misericordia, acogió á Israel su siervo: segun la promesa que hizo á nuestros padres, á Abraham, y á su descendencia por los siglos de los siglos. Las verdaderas promesas hechas por Dios á Abraham, á su posteridad y á Israel, segun se explica san Pablo, eran espirituales, y no debian quedar cumplidas sino por el advenimiento del Mesías. Hélo aquí venido ya; está en el seno de María, del cual no ha salido aún, y derrama ya sus bendiciones sobre Juan y sobre Elisabet, siendo, como es, el Padre de los verdaderos israelitas, aquel cuyo nacimiento deseó ver Abraham, y que viéndolo en espíritu se llenó de alegría. Todas las figuras van á cesar. Abraham no será ya mas mirado como el padre de los israelitas segun la carne, sino el padre de los creyentes, de cualquiera nacion que sean; y Abraham, con toda su posteridad espiritual, pertenecerá á Jesucristo. María pues, profetiza aquí, y nos muestra en ella el cumplimiento de la grande promesa hecha desde el origen del mundo, y renovada de edad en edad. Roguémosla que nos explique ella misma el sentido de su admirable cántico, y sobre todo que nos inspire en el corazon los sentimientos con los cuales lo pronunció.

CAPITULO XIV.

REGRESO DE MARÍA Á NAZARET.

MARIA, dice san Lucas, *detúvose con Elisabet cosa de tres meses y se volvió á su casa.* Quedóse allí sin duda hasta despues del parto de su prima, en el cual necesitaba mas de su presencia y de sus servicios, y no la dejó hasta que estuvo fuera de peligro.

Así pues, María fué testigo del milagro obrado en Zacarías, el cual recobró la palabra y el oído; ella escuchó aquel bello cántico en el cual Zacarías predijo igualmente el cumplimiento del misterio de la Encarnacion, y la grandeza futura de Juan, destinado á ser el profeta del Altísimo, y de ir delante del Señor á prepararle los caminos. Zacarías le refirió, así como á Elisabet y á los demas que presentes se hallaban, la vision que habia tenido en el templo, y cómo habia sido castigado por su falta de fe. Así María quedó instruida de todo, y afirmada de nuevo sobre su estado por Zacarías, siempre por disposicion de la Providencia, y sin medio alguno de su parte.

Si la primera entrevista de María fué tan ventajosa á Elisabet, ¿qué fruto no sacaria de su permanencia por el espacio de tres meses? María no cuidaba sino de prestar á su prima servicios temporales; mas como estaba llena de gracia, y llevaba en sí al Autor de ella, su conducta, su conversacion, su sola presencia eran para Elisabet una fuente fecunda de bienes espirituales. Elisabet, aunque llena ya de piedad y de justicia, adquirió un nuevo grado de santidad por la conversacion de María. Juan recibió áun mayores gracias por la operacion secreta de Jesus, que ya desde entonces echaba en él las raices de su futura santidad.

Pero María dejando su retiro y comunicándose exteriormente, ¿nada perdió de su recogimiento y de su union íntima con Dios? nada absolutamente. Puede que dedicase menos tiempo á la oracion que en Nazaret, pues conversaba menos con Dios y mas con el prójimo. Con todo, su estado de oracion nunca se interrumpia, todos sus discursos eran de Dios, ó se dirigian á Dios. Por sus atenciones, por su caridad hácia su prima, por su modestia, por su afabilidad, por su aire todo del cielo, por todas las virtudes que tuvo ocasion de practicar, edificó á la familia de Elisabet, y las personas que iban á visitarla. En una palabra, María santificó á todos cuantos tenia cerca, y ella regresó tambien mas santa de esta larga visita.

¿Qué modelo para nosotros en nuestras conversaciones con el

prójimo! ¡Cuán excelentes reglas podemos sacar de él! 1º No busquemos por nosotros mismos las ocasiones de ver al prójimo; aguardemos que Dios nos las ofrezca, y en este punto miremos como voluntad de Dios todo lo que nos prescribe el bien parecer y la cortesia. Vivamos retirados como María por gusto y por eleccion; mas comuniquémonos como ella por defuera, cuando es necesario, y la gracia nos conduce á ello. 2º No veamos, en cuanto de nosotros dependa, sino personas piadosas, que puedan servirnos y á quienes podamos servir de motivo de edificacion. No nos duela el tiempo que con ellas pasemos, en tanto que á ello nos obligan razones plausibles, y no hagamos sino manifestarnos en casa de aquellos con quienes solo nos unen deberes de mera urbanidad, cuando advertimos que no puede servir de provecho ni para ellos ni para nosotros. 3º Temamos la disipacion en el comercio de las criaturas; y no las visitemos únicamente para evitar el fastidio, ó para buscar en ellas consolaciones humanas. Muchas veces visitamos á nuestros deudos y conocidos sin otro objeto que el procurarnos nuestra propia satisfaccion. No se concilia con tales visitas el recogimiento interior. Cuando se posee á Dios en el corazon, muy fácil es prescindir gustosamente de las conversaciones de los hombres, á las cuales no se accede sino cuando la necesidad ó la caridad lo exigen. 4º Por fin, no prolonguemos las visitas mas allá del tiempo necesario, áun cuando tengan por objeto la caridad. María se retiró luego despues del alumbramiento de Elisabet; ni debia partir antes ni debia quedarse despues. Y ¿por qué? Porque en esta visita no tuvo otro objeto que Elisabet, y de ningun modo á sí misma. Así pues, partió tan luego como dejó de serle necesaria. Portémonos del mismo modo, y desde que se haya cumplido el objeto de nuestra visita ó de nuestra conversacion, retirémonos. Siguiendo estas reglas jamas nos dañará el comercio con el prójimo; y Dios lo hará servir á su santificacion y á la nuestra.

CAPITULO XV.

SOSPECHAS DE JOSÉ; SILENCIO DE MARÍA.

A su regreso de la casa de su prima Elisabet, María estaba á los cuatro meses de su embarazo. No tardó en advertirlo José su esposo; y no sabiendo nada de lo que habia pasado, se deja discutir cuáles fueron sus sospechas. Aquí pues, empiezan las pruebas de María, cuya causa y objeto es Jesus, de quien María se halla en cinta. Conocia José la elevada virtud de María; sabia que ella habia hecho voto de virginidad, y que no se habia desposado con él sino bajo el pacto que guardaria él tambien la continencia, y que vivirian como un hermano y una hermana. Habia consentido en ello; y sin embargo, la ve en cinta. Qué otra cosa puede creer, sino que se ha hecho culpable de adulterio? Qué mortal angustia no debió causarle la presuncion, al parecer indudable, de semejante crimen por parte de una esposa á la que tan tiernamente amaba? ¿Qué idea debió formar de ella? Y ¿cómo conservarle el mismo aprecio? ¿Qué terrible conflicto de pensamientos en su espíritu, y de sentimientos en su corazon! Y ¿á cuán profunda tristeza no se veria abandonado!

Aunque guardase silencio por respeto á su esposa, imposible le era el disimular la agitacion de su alma; y María, cuyo embarazo era visible, no podia ignorar ser esta la causa de la pena de José. ¿Qué prueba de una y de otra parte! Y ¿cuánto no debieron padecer mientras duró! Cuanto mas santos uno y otro, tanto mas debió serles sensible esta prueba, ya tan delicada en sí misma. ¿José engañado traidoramente por una esposa que habia creído ser la misma pureza! ¿María sospechosa de adulterio, porque es la Madre de Dios! ¿Qué atentado contra la fe conyugal en el matrimonio mas santo que hubo jamas en la tierra! Tal era el pensamiento de José. ¿Cuán injuriosa sospecha! Qué ul-

traje contra el Espíritu Santo que me ha hecho fecunda! Tal debia ser el pensamiento de María.

Una palabra suya, una declaracion de lo que el ángel Gabriel le habia anunciado, la hubiera justificado plenamente, hubiera tranquilizado á José, hubiera trocado sus sospechas en una profunda veneracion hacia ella. Sin duda que él habria dado fe á su relato, sobre todo si hubiese referido lo que pasó con ella en casa de Elisabet. María empero guarda silencio. Su secreto es el secreto de Dios. No lo revelará, aunque hubiese de perder en ello su reputacion y hasta su vida. José podia difamarla en público. Estaba autorizado y aún obligado por la ley á acusarla delante de los sacerdotes; y contra toda mujer adúltera estaba pronunciada la pena de muerte. El honor mismo de Dios estaba visiblemente interesado en la causa de María; y si ella no queria decir nada por respeto á sí misma, parece que debia hablar para la gloria de Dios. Así lo hubiera juzgado cualquiera otra que María. A pesar de tantas razones para hablar, ya por parte de José, ya por parte suya, ya por parte de Dios, ella persiste en el silencio, y no deja escapar una sola palabra que ponga á José en camino de saber la verdad. María no se mira aquí: nada son para ella los mas caros intereses, los abandona á Dios; á él toca revelar, si lo juzga á propósito, las grandes cosas que en ella ha obrado. Su humildad le cierra la boca, y todos los motivos humanos, por mas fuertes que sean, no se la abrirá.

Con frecuencia acontece á las almas interiores, que los favores que de Dios han recibido, son para ellas una ocasion de calumnia y de persecucion. ¿Qué hay que hacer entonces? Todo induce fuertemente á justificarse, y es muy difícil resistir á esta tentacion: bastaria una palabra para cambiar la disposicion de los ánimos, todo parece invitar á pronunciarla. Nada mas justo que desengañar al prójimo, desvanecer su prevencion, ahorrarle faltas casi siempre considerables, de las que tarde ó temprano tendrá que arrepentirse, cuando sepa la verdad. ¿Hay cosa mas justa que vengar el honor de Dios, y no permitir que sus favores

sean un motivo de escándalo? Algo se debe también á la propia reputacion; la virtud, la piedad, la pública edificacion parecen exigirlo. ¡Vanos pretextos del amor propio! La conducta de María les arranca la máscara y los condena. Enmudeced como ella, y aguardad que Dios os justifique, manifestando él mismo su obra. ¿Por qué no quereis que sus gracias sean para vosotros una ocasion de sacrificio y de muerte á vosotros mismos? Este es el efecto mejor, el mas glorioso á Dios, el mas provechoso para vosotros que pueden producir. ¿Qué resultará de vuestro silencio? Que sereis humillados, que tendreis que sufrir. ¿No es esto lo que mas debeis desear?

San Francisco de Sales, acusado de haber escrito á una mujer una carta que deshonoraba su carácter episcopal, y que tendia nada menos que á hacerle pasar por un malvado hipócrita, se contentó con decir que se habia muy bien imitado su letra, pero que aquella carta no era suya; por lo demas no hizo gestion alguna para perseguir al autor de la calumnia. *Dios sabe, decia, la medida de reputacion de que necesito para llenar mi ministerio, no quiero tener mas.* Mantúvose tranquilo y no dejó nacer en su alma el menor deseo, aunque esta novedad hubiese metido mucho ruido en Saboya, en Francia, y donde quiera era conocido. Algunos años despues fué desvanecida la impostura por la pública confesion de aquel mismo que habia sido su autor. No siempre se debe practicar la humildad en ocasiones de tal importancia. Mas hay mil pequeños incidentes, sobre todo en las comunidades, en los cuales se sospecha de nosotros, ó se nos imputa lo que no hemos hecho. ¡Qué bueno es callar entonces, sufrir una ligera humillacion, y no tomarse la pena de justificarse! Mucho cuesta esto al amor propio, mas tambien es el amor propio el que hemos de procurar sofocar con todas nuestras fuerzas.

CAPITULO XVI.

MARÍA JUSTIFICADA POR EL MISMO DIOS.

MARIA permanecia tranquila, bien que angustiada por el estado de José; y ni aún llegaba á desear que Dios hablase por ella esperando no obstante que lo haria. José por su parte *era un hombre justo*, y no solamente no se portó con la menor violencia contra su esposa, sino que ni aún quiso emplear contra ella el rigor de la ley. Creyóse dispensado de hacerlo por la virtud que no podia dejar de reconocer en ella á pesar de todas las apariencias contrarias. La respetó siempre y Dios que obraba en su corazon, y que solo se proponia probarlo, no permitió que se portase como se hubiera portado cualquiera otro marido en igual circunstancia. No podia difamarla, mas tampoco podia ya guardarla en su compañía; porque esto hubiera equivalido á probar su crimen en caso que ella fuese culpable, ó á lo menos cerrar los ojos sobre una infidelidad que no debia tolerar. Tomó, pues, el partido que mejor se avino con su conciencia, y con el miramiento que creia deber al honor de María. Este partido fué dejarla secretamente y sin estrépito.

Habia tomado ya su resolucion y estaba á punto de ejecutarla, cuando Dios, que no falta jamas á sus servidores en el momento de la necesidad, pero que no quiere venir á su socorro sino despues de haber ejercitado suficientemente su virtud, dispó las justas inquietudes de José, y cambió su tristeza en un gozo mayor de lo que habia hasta entonces experimentado. Un ángel se le apareció en sueños, y le dijo: *José, hijo de David, no tengas recelo en recibir á María tu esposa, porque lo que se ha engendrado en su vientre es obra del Espiritu Santo. Ella dará á luz un hijo, á quien pondrás por nombre Jesus, es decir, Salvador, pues él es el que ha de salvar á su pueblo de sus pecados.*

El Interior.

48

Hé aquí pues, el gran misterio revelado á José. Quiso Dios que él comprase tan precioso beneficio con las penas que antes habia sufrido, á fin de que le causase un gozo mas sensible. ¡De cuán terrible peso quedó aliviada su alma! ¡Qué felicidad para él verse esposo no de una simple vírgen, sino de una vírgen Madre de Dios! ¡Cuál fué en aquel punto su reconocimiento! Y ¡quién podrá explicar los sentimientos en que pasó lo restante de la noche! No bien despertó de su sueño, cuando se apresuró á practicar lo que le habia mandado el ángel del Señor, y de volver á tomar á María por esposa suya, renovando su fe y su amor. La Escritura sumamente compendiada en sus relatos, no poniendo sino la circunstancias esenciales, no nos dice que participase á María el sueño que habia tenido; pero en esto no puede caber duda, pues así como el ángel le sacó á él de su pena, no podia dispensarse él de disipar la de María, la cual padecia tal vez mas que él en verle sufrir sin poder aliviarle.

Así, los dos esposos, despues de haberse causado inocentemente un mutuo tormento, gustaron á porfía un puro y sencillo placer, á cuyos trasportes les autorizó Dios que se abandonasen. José miró á María con otros ojos, la admiró, la honró, la amó mas que nunca, y María se confirmó en la alta idea que tenia de la virtud de José, y su union ya antes tan íntima, se estrechó mas y mas por lo mismo que parecia deber romperla.

¡Oh Dios mio! ¡Cuán admirable sois en vuestra conducta con vuestros santos! Vos los probais, vos los consolais, y de sus pruebas y de sus consuelos sacais vuestra gloria y el acrecentamiento de su mérito. A ellos no les toca sino dejaros obrar y poner enteramente en vos su confianza, que jamas saldrá confundida. Si les ejercitais por algun tiempo, sabreis muy bien indemnizarles lo que han sufrido. Si José hubiese hecho preguntas á María, si María por medio de una declaracion hubiese prevenido las sospechas de José, no hubiera brillado en esta ocasion la virtud del uno y del otro; Dios no hubiera sido glorificado, ni ellos habrian recibido la recompensa. Aprovechémonos de este ejem-

plo en las ocasiones que se nos ofrezcan. Llevemos la prueba por tanto tiempo como sea del agrado de Dios; nada digamos, nada obremos para sustraernos de ella ni para abreviarla; porque seria dañarnos á nosotros mismos, privarnos del socorro y de las consolaciones de Dios, que vendrán infaliblemente á su tiempo.

No es menester preguntar si Jesus respetó aún mas que antes la pureza de la esposa del Espíritu Santo y de la Madre del Hombre-Dios. El Evangelio lo dice expresamente. Y aún cuando no lo dijera, ¿quién osará ni aún sospechar que quien antes no la habia tocado se hubiese despues acercado á ella? Y no por esto es menos verdad que despues vivieron juntos en una cordialidad, una intimidad, una familiaridad mayor que hasta entonces no lo habian hecho. Tampoco es para nosotros, carnales y groseros como somos, el inquirir qué caricias inspiró Dios á José á hacer á María y que María le permitiese. Este es un secreto que no tuvo mas testigos que los ángeles; aquellas caricias lejos de perjudicar á la pureza incomparable del uno y del otro, no hicieron sino añadirle un nuevo grado de perfeccion.

CAPITULO XVII.

PARTIDA DE MARÍA Y DE JOSÉ PARA BELEN.

JOSE y María estaban establecidos en Nazaret, y segun el orden natural de las cosas, María debia parir allí. Mas estaba predicho que el Mesías naceria en Belen, ciudad de David en la tierra de Judá, y á Dios tocaba ordenarlo todo para el cumplimiento de esta profecia. No mandó pues, á José y á María que se trasladasen allá, como podia fácilmente hacerlo por medio de un ángel; sino que para este designio se sirvió de un medio enteramente natural, que parecia no tener con ello la menor conexion. El emperador Augusto, dueño entonces de la Judea, mandó